

pero oyó unos dientes rechinar de rabia, y había en aquella oscuridad la luz suficiente para ver brillar por encima de su cabeza la larga lámina de un puñal.

El clérigo creyó conocer á Quasimodo, suponiendo que no podía ser más que él, y acordándose de haber tropezado al entrar con una masa tendida á la parte de fuera de la puerta de la celda. Pero como el recién venido no hablaba, no sabía qué creer. Arrojóse el arcediano sobre el brazo que levantaba el cuchillo, gritando:—Quasimodo! porque en aquel momento olvidaba que éste era sordo.

Instantáneamente el sacerdote rodó por el suelo y sintió que una rodilla de plomo se apoyaba contra su pecho; por la presión angulosa de aquella rodilla reconoció á Quasimodo; pero qué hacer? cómo podría darse á conocer á éste, cuando la oscuridad convertía al sordo en ciego?

Estaba perdido. La gitana, sin compasión para él, como una tigre irritada, no intervenía para salvarle. El puñal se acercaba á la cabeza del arcediano. El momento era crítico. De repente su adversario pareció que titubeaba.—¡Que no caiga sangre sobre ella! dijo con sorda voz.

Esta voz era, en efecto, de Quasimodo.

Sintió entonces Dom Claudio que le sacaban de la celda, arrastrándole por los piés; allí es sin duda donde debía morir. Afortunadamente para él, pocos momentos antes salió la luna. En cuanto franquearon la puerta de la celda, el resplandor de aquella alumbró el rostro del arcediano. Quasimodo le miró con fijeza, tembló, soltó al sacerdote y retrocedió.

La gitana, que se había asomado á la puerta, vió sorprendida los papeles trocados bruscamente. Amenazaba Dom Claudio y suplicaba Quasimodo; el primero descargaba su cólera contra el segundo en furiosas reconvenciones y le hizo señal de que se retirase. El campanero inclinó la cabeza y fué á ponerse de rodillas delante de la puerta de la gitana, diciendo con voz grave y resignada:

—Señor, matadme antes; despues hareis lo que queráis.

Hablando así ofreció el puñal al sacerdote, y éste, fuera de sí, se arrojó sobre dicha arma; pero la gitana fué más ligera que él; arrancó el puñal de la mano de Quasimodo y exclamó, soltando burlona carcajada:

—Acércate ahora!

Esmeralda tenía en alto el puñal; Dom Claudio titubeó, porque conocía que ella se lo hubiera clavado en el corazón.

—¡Ya no te atreves á acercarte, cobarde!

Luego, con expresión desapiadada y segura de clavar hierros candentes en el corazón del clérigo, le dijo:

—¡Ya sé que mi adorado Febo no ha muerto, ya sé que vive!

El arcediano, de un puntapié, echó al suelo á Quasimodo, y temblando de rabia se internó bajo la bóveda de la escalera.

Cuando se hubo marchado, Quasimodo se levantó y recogió el silbato que acababa de salvar á la gitana.

—Ya empezaba á enmohecerse, dijo devolviéndoselo.

Despues dejó sola á Esmeralda.

Trastornó á la jóven tan violenta escena y cayó fatigada sobre el lecho, llorando y sollozando.

Su horizonte volvía á oscurecerse.

El sacerdote regresó á su celda á tientas. Estaba furioso. No cabía ya ninguna duda, estaba celoso de Quasimodo.

Entró pensativo en su celda, repitiendo estas fatales palabras:

—Ninguno la poseerá!

LIBRO DÉCIMO

I.

A Gringoire le ocurren muchas ideas felices una tras otra en la calle de los Bernardinos.

Desde que Pedro Gringoire vió el aspecto que tomaba el proceso de Esmeralda y comprendió que habría soga, ahorcamiento y otros sinsabores para los principales personajes del drama, procuró no mezclarse en él. Los truhanes, entre los que permanecía, considerando que en último resultado eran la mejor compañía de París, continuaban interesándose por la gitana, y esto le pareció natural en gentes que no tenían como ella otra perspectiva que Charmolne y Torterne, y que no cabalgaban, como él, por las regiones imaginarias entre las dos alas del caballo Pegaso. Supo por ellos que su esposa del cántaro rotó se había refugiado en Nuestra Señora, de lo que se alegró sobremanera, pero no le dieron tentaciones de ir á

verla: se acordaba algunas veces de la cabra y punto concluido.

Durante el día ejecutaba habilidades hercúleas para vivir, y trabajaba de noche escribiendo un folleto contra el obispo de París, porque no olvidaba que le inundaron las ruedas de sus molinos, y le guardaba rencor. Ocupábase también en comentar la hermosa obra de Baudry le Rouge, obispo de Noyon y de Tournay, *De cupapetrarum*, la que le inspiró afición violenta á la arquitectura, afición que reemplazó en él á la pasión por el hermetismo, de la que, por otra parte, solo era el corolario natural, pues existe relación íntima entre la hermética y el arte de construir. Gringoire pasó, pues, del amor de una idea al amor de la forma de esta idea.

Un día se paró junto á Saint-Germain l'Auxois, en la esquina de una casa que se llamaba le For-le-Eveque, que estaba enfrente de otra que se llamaba le Flor-le-Roi. Había en el castillo del obispo una bellísima capilla del siglo catorce, cuya ábside daba sobre la calle. Gringoire examinaba con gran atención las esculturas exteriores, disfrutando de uno de esos momentos de fruición egoísta, exclusiva y suprema, en los que el artista solo vive en el mundo del arte, cuando sintió de pronto posarse con gravedad una mano sobre su hombro; volvió la cara y se encontró con su antiguo amigo, con su antiguo maestro el señor arcediano de Josas.

Quedóse estupefacto el buen Gringoire: hacia tiempo que no había visto á Dom Claudio, y éste era uno de esos hombres solemnes y apasionados cuyo encuentro trastorna siempre el equilibrio de un filósofo escéptico.

Calló algunos instantes el arcediano, durante cuyo silencio tuvo tiempo Gringoire para examinarle á sus anchas. Le encontró muy cambiado, pálido como una mañana de invierno, con los ojos hundidos y el pelo casi blanco. Al fin el sacerdote habló con tono sereno, pero glacial:

—Cómo vá de salud, maese Pedro?

—De salud? así, así, medianeja, pero buena en general. En nada me excedo, ya lo sabeis; el secreto de disfrutar buena salud es, segun Hipócrates: *Id est; cibi, potus, sommi, venus, omnia moderata sint.*

—¿Conque nada os inquieta, maese Pedro?

—A fé mia que no.

—Qué haceis ahora?

—Ya lo veis; examino el corte de estas piedras y la manera cómo está ejecutado este bajo-relieve.

El clérigo se sonrió con una de esas sonrisas amargas que solo levantan una de las extremidades de la boca.

—Y eso os divierte? le preguntó.

—Esto es para mí el Paraíso, exclamó Gringoire. E inclinándose sobre las esculturas con el aire de satisfacción de un demostrador de fenómenos vivos, añadió:

—¿No encontráis, verbi gracia, que esta metamorfosis de relieve está ejecutada con mucha paciencia, mucha destreza y mucho primor? Mirad esta columnita. ¿Alrededor de qué capitel habeis visto hojas más tiernas y que más haya acariciado el cincel? Aquí teneis tres figuras esculpidas por Juan Maillevin, que no son por cierto las mejores de ese gran génio: sin embargo, la sencillez, la dulzura de los rostros, la elegancia de las actitudes y de los pliegues y esa gracia inexplicable que se confunde con sus defectos, hacen á esas figuras hermosas y muy delicadas, acaso demasiado. ¿No os parece divertida esta contemplación?

—Seguramente, contestó el sacerdote.

—¡Pues si viérais el interior de la capilla! repuso el poeta en su lenguaraz entusiasmo. Está llena de esculturas; todo en ella es pomposo como el cogollo de una col. La ábside es de forma extremadamente religiosa y tan particular como no he visto otra.

—Luego sois feliz! dijo Dom Claudio interrumpiéndole.

—Por lo menos vivo satisfecho; primero amé mujeres, despues á los animales y ahora á las piedras, que son tan entretenidas como las mujeres y los animales y mucho menos péfidas.

Pasóse el sacerdote la mano por la frente, que era su movimiento habitual, y exclamó:

—Es verdad!

—Cada cual goza á su modo, maestro, le dijo Gringoire cogiendo al sacerdote por el brazo, que se dejaba llevar sin resistencia, é hizole entrar en el torreón de la escalera del castillo del obispo.

—Hé aquí una escalera! cada vez que la veo soy feliz; es en su clase la combinación más sencilla y más rara que hay en París; todos los escalones están chafanados por debajo.

—Y no deseais nada? le preguntó Dom Claudio interrumpiéndole.

—No.

—No echais nada de menos?

—Ni echo nada de menos ni deseo nada. Me he arreglado ya la vida.

—Lo que arreglan los hombres, los acontecimientos lo desarreglan, le contestó el arcediano.

—Yo soy filósofo pirrónico, replicó Gringoire, y todo lo tengo en equilibrio.

—Y cómo os ganais la vida?

—Escribo algunas veces epopeyas y tragedias; pero lo que más me produce es la industria que ya sabeis, la de llevar pirámides de sillas entre los dientes.

—Grosero oficio para un filósofo.

—Eso también es el equilibrio; cuando se tiene una idea fija, en todas partes se encuentra.

—Ya lo sé, le contestó el arcediano. Sin embargo, veo que estais en estado bastante miserable.

—Miserable soy, pero desgraciado no.

Oyeron en aquel momento algazara y pisadas de caballos, y los dos interlocutores vieron desfilar por el extremo de la calle una compañía de arqueros del rey con las lanzas y con el capitán al frente. La cabalgata era brillante y resonaba sobre el empedrado.

—Mirais mucho á ese capitán! dijo Gringoire al arcediano.

—Creo conocerle.

—Cómo se llama?

—Creo que es el capitán Febo de Chateaupers.

—Febo es nombre histórico. Hay otro Febo, que es conde de Foix. Recuerdo, además, haber conocido á una jóven que juraba por Febo.

—Venid conmigo, le dijo el sacerdote; tengo que hablaros.

Desde que pasaron los arqueros se traslucía alguna agitacion bajo el exterior glacial del arcediano. Se puso en marcha, y Gringoire le seguía, como todos los que se acercaban una vez á aquel hombre, que en seguida adquiría ascendiente sobre los demás. Llegaron en silencio hasta la calle de los Bernardinos, que estaba desierta.

Dom Claudio se paró.

—¿Qué teneis que decirme, señor maestro? le preguntó Gringoire.

—¿No os parece, le preguntó el arcediano con el aire de profunda reflexion, que el traje de esos ginetes que acabamos de ver es más lindo que el vuestro y el mio?

—Pues yo prefiero mi ropaje amarillo y rojo á esas escamas de hierro y de acero. No me gustaria ir haciendo tanto ruido al andar.

—¿No envidiais á esos brillantes soldados con sus trajes de guerra?

—¿Y qué les he de envidiar, señor arcediano? ¡Su fuerza, sus armaduras ó su disciplina! Para mí valen más que ellas mi independencia y mi filosofía desarregladas: más quiero ser cabeza de sardina que cola de león.

—Eso es extraño! exclamó el sacerdote pensativo. ¡El traje de guerra es, sin embargo, magnífico!...

Gringoire, viéndole abstraído en sus meditaciones, le dejó para ir á admirar el pórtico de una casa inmediata, de la que volvió á los pocos momentos con gran alegría.

—Si estuviéseis menos ocupado en los trajes de las gentes de guerra, os invitaria á ver aquella puerta. Siempre dije que la casa del señor Aubry tiene la entrada más soberbia del mundo.

—Pedro Gringoire, le dijo de pronto el arcediano, ¿qué habeis hecho de aquella gitana bailarina?

—De Esmeralda? Cambiais bruscamente la conversacion.

—No era vuestra mujer?

—Sí; por la gracia de un cántaro roto estábamos casados para cuatro años. A propósito, añadió Gringoire, mirando con aire irónico al arcediano: ¿pensais en ella siempre?

—Y vos, la habeis olvidado ya?

—Casi, casi. ¡Tengo tantas cosas en qué pensar! Y qué mona era la cabrita!

—Esa gitana no os salvó la vida?

—Cierto que sí.

—Pues bien, ¿qué habeis hecho de esa mujer?

—Eso es lo que yo no sé... Creo que la ahorcaron.

—Lo creéis?

—No estoy seguro. Cuando oí que se trataba de colgarla por el pescuezo me escamé y me escabullí.

—Eso es todo lo que sabeis de ella?

—No, no; ahora recuerdo que me han dicho que se refugió en Nuestra Señora y que está en completa seguridad, de lo que me alegro infinito: lo que no pude saber es si se salvó también la cabra.

—Pues voy á deciros algo más, repuso Dom Claudio, y su voz, hasta entonces baja, lenta y casi sorda, resonó tonante.—Se refugió, en efecto, en Nuestra Señora, pero dentro de tres dias se aparecerá de ella la justicia y será ahorcada en la plaza de la Grève. Así lo ha decretado el Parlamento.

—Eso sí que es inoportuno! contestó Gringoire.

Dom Claudio recobró instantáneamente su frialdad habitual.

—¿Y qué demonio se ha entretenido en solicitar ese decreto de reintegracion? Podia haber dejado tranquilo al Parlamento. ¿Qué daño causa una pobre muchacha porque se albergue bajo los botareles de Nuestra Señora, entre nidos de golondrinas?

—Hay muchos diablos en la tierra.

—Pues eso está endiabladamente mal.

—Decís que ella os salvó la vida? dijo el arcediano, despues de breve silencio.

—Allá entre mis amigos los hampones; poco faltó para que me ahorcasen; ahora lo hubiesen sentido.

—Y nada quereis hacer por ella?

—Bien quisiera, pero temo enredarme en ese lío.

—Y qué importa?

—Qué importa? Pues me gusta la ocurrencia. Tengo empezadas dos obras voluminosas.

El sacerdote dió una palmada en la frente. A pesar de su calma exterior, de vez en cuando un ademan violento revelaba sus convulsiones interiores.

—¿Qué haríamos para salvarla? exclamó.

—Os responderé, señor maestro: *Il paldit*, que quiere decir en turco: *Dios es nuestra esperanza*.

—¿Qué haríamos para salvarla? repitió Dom Claudio pensativo.

Dióse Gringoire otra palmada en la frente y dijo:

—Yo soy hombre de alguna imaginacion y voy á buscar medios. Pudiera pedir su perdon á Luis XI.

—Pedir su perdon al rey Luis XI?...

—Por qué no?

—Porque no se le pide su racion al tigre.

Gringoire se quedó pensativo buscando otros medios.

—¿Quereis que dirija un memorial á las matronas declarando que la gitana está embarazada?

Estas palabras hicieron llamear los hundidos ojos del sacerdote.

—Embarazada! ¿Es que tienes motivo para creerlo?

Aterrado Gringoire al ver á Dom Claudio tan agitado, apresuróse á responderle:

—Oh, yo no!... Nuestro casamiento ha sido un verdadero *foris maritajum*. He quedado á la parte de afuera. Pero así conseguiríamos una moratoria.

—Locura! infamia! cállate!

—Haceis mal en incomodaros. Obtene-

mos un plazo, no ofendemos á nadie y damos á ganar cuarenta dineros parisies á las matronas, que son mujeres pobres. El sacerdote no le oía.

—Pues es preciso que salga de allí! murmuró entre dientes. El decreto ha de ejecutarse en el término preciso de tres dias. Además, aunque no existiera ese decreto, ese Quasimodo!... ¡Las mujeres tienen gustos tan depravados!... Luego, levantando la voz, le dijo á Gringoire:

—Maese Pedro, lo he pensado bien; no hay más que un medio de salvacion para ella.

—Cuál? Yo no veo ninguno.

—No olvideis que os salvó la vida, maese Pedro, y voy á exponeros francamente mi pensamiento. Vigilan la iglesia dia y noche y no dejan que salgan más que los que han visto entrar. Podeis vos venir á verme y yo os introduciré donde está Esmeralda, y cambiareis vuestro traje por el suyo.

—Hasta ahora vá bien; pero ¿y despues?

—Despues ella saldrá vestida con vuestra ropa y vos os quedareis vestido con la suya; quizás os ahorquen, pero así salvamos á Esmeralda.

Gringoire se quedó muy sério y se rascó la oreja.

—Hé aquí una idea que nunca se me hubiera ocurrido, contestó.

Al oír la inesperada proposicion de Dom Claudio, el semblante alegre y benigno del poeta se entristeció bruscamente, como un risueño paisaje de Italia cuando le sobreviene de pronto una bocanada de viento que arroja una nube delante del sol.

—¿Qué os parece ese medio, maese Pedro?

—Me parece que no me ahorcarán quizás, sino indudablemente.

—Eso es lo menos importante, contestó el arcediano.

—Zambomba! exclamó Gringoire.

—Os salvó la vida y de ese modo pagaríais la deuda que contrajisteis con ella.

—Tengo otras deudas que tampoco pago.

—Es absolutamente preciso, maese Pedro, le dijo Dom Claudio imperiosamente.

—Escuchadme, señor maestro, le contestó el poeta consternado. Os encaprichais con esa idea y haceis muy mal. No veo por qué he de dejar que me ahorquen por otro.

—¿Por qué teneis tanto apego á la vida?

—Por mil razones.

—¿Qué razones son esas? Sepamos.

—Pues tengo apego á la vida por el aire, por el cielo, por la mañana, por la tarde, por la luz de la luna, por mis buenos amigos los hampones, por las hermosas arquitecturas de Paris, por tres voluminosos libros que deseo escribir, uno contra el obispo y sus molinos y los demás sobre otras cosas. Anaxágoras decia que estaba en el mundo para admirar el sol. Tengo además la satisfaccion de pasar todo el dia, desde por la mañana hasta por la noche, con un hombre de génio, que soy yo, lo que es sumamente agradable.

—Cabeza de chorlito! murmuró el arcediano.—Pero dime; esa vida que tan dulce te parece, por quién la conservas? ¿A quién debes el respirar ese aire, el ver ese cielo y el poder divertir tu entendimiento de alondra en pamplinas y en locuras? Si no fuese por ella, ¿dónde estarías? Y tú quieres que muera la que te hizo vivir, quieres que muera esa preciosa criatura dulce y tierna; mientras que tú, que eres medio sábio y medio loco, bosquejo de ambas cosas, tú has de continuar viviendo la vida que le has robado y que es tan inútil como una antorcha que arde á la luz del sol. Un poco de caridad, maese Pedro, y sé generoso con la que antes lo fué contigo.

Dom Claudio hablaba con vehemencia; Gringoire le oyó al principio con aire indeterminado; luego se fué enterneciendo, y acabó por hacer un gesto trágico.

—Patético estais, señor maestro, contestó enjugándose una lágrima. Pues bien, lo pensaré. Os ha ocurrido una maldita idea. Despues de todo, prosiguió tras una pausa, puede que no me ahorquen. No siempre se casa el que se desposa. Cuando me encuentren en el cuarto tan grotescamente equipado de mujer, acaso se echen á reir sin poderlo remediar.—Pero si me ahorcan, qué? La cuerda dá una muerte como otra cualquiera, ó por mejor decir, no es una muerte cualquiera, es una muerte digna del sábio que ha oscilado toda la vida, es una muerte á la que acaso estoy predeterminado, y debe ser magnífico morir como se ha vivido.

—Quedamos en eso? le preguntó el arcediano interrumpiéndole.

—¿Qué viene á ser la muerte al fin y al cabo? continuó cada vez con más exaltacion Gringoire. Un momento des-

agradable, un portazgo, el tránsito de poco á nada. Una vez le preguntaron á Cercidas, megalopolitano, si moria voluntariamente: Sí, contestó, porque despues de morir veré á los grandes hombres, á Pitágoras entre los filósofos, á Hecateo entre los historiadores, á Homero entre los poetas y á Olimpio entre los músicos.

—Conque no hay más que hablar. Vendreis mañana? le preguntó el arcediano, como despidiéndose y estrechándole la mano.

Aquella pregunta y este ademán volvieron á colocar á maese Pedro en el terreno de lo positivo.

—No, no, nada de eso, exclamó con la expresion del hombre que se despierta. Dejarse ahorcar es un absurdo, y eso no me acomoda.

—Adios, pues, le contestó Dom Claudio; y añadió entre dientes:—¡Ya nos volveremos á ver!

—No quiero que ese diablo de hombre me vuelva á ver, dijo para sí Gringoire, y se fué á alcanzar á Dom Claudio, que ya se alejaba de él.

—Escuchad, señor maestro; no quiero que os vayais resentido conmigo. Os interesais por esa jóven, quiero decir, por mi mujer, y nada más justo. Imaginásteis una estratagema para hacerla salir sana y salva de Nuestra Señora, pero esa estratagema es sumamente desagradable para Gringoire. Pero á mí me ocurre otra: en este mismo instante he tenido una luminosa inspiracion. Si os diera una idea feliz para sacar á Esmeralda de ese peligroso trance, sin comprometer mi cuello con el menor nudor corredizo, ¿estaríais satisfecho? ¿O es absolutamente preciso que me ahorquen para que quedeis contento?

El clérigo, impaciente, arrancaba los botones de la sotana.

—Torrente de palabras, exclamó, dí, qué medio es ese?

—Sí, repuso maese Pedro, hablando consigo mismo y tocándose con el índice la punta de la nariz en señal de meditación; eso es.—Los hampones son valientes.—La tribu de Egipto la adora.—A las pocas palabras se sublevarán.—Nada más fácil.—Un golpe de mano.—En medio del desórden se la libra.—Mañana mismo... por la noche.—Ellos no desean otra cosa.

—Dime pronto ese medio, repitió Dom Claudio sacudiéndole el brazo.

Gringoire se volvió majestuosamente hácia el arcediano.

—Permitidme un momento; estoy componiendo. Reflexionó algunos instantes más y despues exclamó, dando palmadas:—Admirable! Exito seguro!

—El medio! exclamó por tercera vez Dom Claudio montado en cólera.

—Acercaos y os lo diré en voz baja. Es una contramina verdaderamente ingeniosa y que á todos nos saca del atolladero. Vive Dios! ¡Preciso es convenir en que no soy imbécil!—Ah! ¿la cabra está tambien con Esmeralda?

—Sí. Llévete el diablo!

—Toma! es que la hubieran ahorcado tambien.

—Eso qué nos importa?

—Es que me sabria mal que la ahorcasen como á la gorrina del mes pasado. Eso le gusta al verdugo, porque despues se come el animal. Pobre Djali!...

—El verdugo eres tú! gritó Dom Claudio. ¿Qué medio de salvacion es ese que has imaginado? ¿Habrás que arrancártelo con tenazas?

—Es un medio seguro.

Gringoire se inclinó hasta el oido del arcediano, le habló en voz muy baja y mirando con inquietud de un extremo á otro de la calle, por la que, sin embargo, nadie pasaba. Cuando terminó le estrechó la mano con frialdad Dom Claudio y le dijo:

—Bueno es ese medio; hasta mañana.

—Hasta mañana, repitió Gringoire.

El arcediano se alejó por una parte y éste por otra, diciéndose á media voz:

—Hé aquí un negocio escabroso, maese Pedro; pero no importa. No porque el hombre sea pequeño le ha de aterrar una empresa grande. Biton se cargó un enorme toro sobre los hombros; las nevattillas, las currucas y las tarabillas atravesaban el Océano.

II.

Hazte hampon.

Al volver al claustro el arcediano encontró á la puerta de su celda á su hermano Juan del Molino, que le esperaba y que entretenia el fastidio del largo planton dibujando en la pared, con carbon, el perfil de su hermano mayor, enriquecido con una nariz desmesurada.

Apenas vió Dom Claudio á su hermano; otros pensamientos le preocupaban. El rostro jovial del que consiguió más de una vez alegrar la tétrica fisono-

mía del clérigo era entonces impotente para disipar la bruma, cada vez más espesa, en aquella alma corrompida, mefítica y estancada.

—Vengo á verte, hermano mio, le dijo tímidamente Juan.

El arcediano ni siquiera levantó los ojos para mirarle.

—¿Qué más? le preguntó.

—Eres tan bueno para mí y me das tan excelentes consejos, que siempre recurro á tí.

—Y qué más?

—¿Qué razon tenias para decirme: Juan, *Juan, cessat doctorum doctrina, discipulorum disciplina*; Juan, sé docto, no pernoces fuera del colegio sin causa legitima y sin permiso del maestro; no apalees á los picardos; no vivas como asno ilustrado bajo el yugo de la escuela; Juan, déjate castigar por el maestro; Juan, acude todas las tardes á la capilla y canta una antifona con versículo y oracion á la gloriosa Virgen Maria! ¡Ah, qué consejos tan excelentes!

—Y qué más?

—Hermano mio, aquí tienes á un criminal, á un miserable, á un libertino, que despreció tus laudables consejos y fué castigado por eso, que Dios es extraordinariamente justo. Mientras tuve dinero no me han faltado bromas y jaranas y vida alegre y loca. ¡Oh Dios, la crápula, que es tan hermosa por delante, qué fea y horrible es por detrás! Ahora ya me he quedado sin blanca, he vendido hasta el mantel y la camisa. ¡Adios, vida alegre! Se apagó la hermosa vela y solo me queda ya la asquerosa mecha de sebo, que me llena de tufo las narices. Las muchachas se burlan de mí; bebo agua y me persiguen los remordimientos y los acreedores.

—Concluye, le contestó el arcediano.

—Quisiera arreglarme y adoptar una vida mejor, y soy un penitente que contrito acudo á tí; me confieso y me doy grandes golpes de pecho. Tienes razon en querer que llegue á ser un dia licenciado é inspector del colegio Torchi; ahora siento vocacion por ese estado. Pero no tengo tinta y necesito comprar, no tengo plumas y he de comprarlas, no tengo papel ni libros y tambien me hacen falta. Para todo eso necesito metálico, y á tí acudo enteramente contrito.

—Eso es lo que querias?

—Sí; me hace falta dinero, le contestó el estudiante.

—No tengo,

Entonces Juan, con aire grave y resuelto al mismo tiempo, dijo:

—Siento tener que decirte que, por otra parte, se me hacen brillantes proposiciones y ofertas. ¿Quieres ó no darme dinero?

—No.

—En ese caso voy á hacerme hampon.

Al pronunciar esa palabra monstruosa tomó el aspecto de un Ajax, que aguarda que caiga el rayo sobre su cabeza.

—Hazte hampon, le contestó Dom Claudio con frialdad.

Juan le saludó profundamente y bajó silbando la escalera del claustro.

Al atravesar el patio por bajo de la ventana de la celda de su hermano, oyó que ésta se abría. Levantó la cabeza y vió pasar por su hueco la cabeza severa del arcediano.

—Vete con mil demonios! le dijo Dom Claudio. ¡Este es el último dinero que te daré!

Así hablando, arrojó el sacerdote una bolsa al estudiante, que hizo á éste un chichon en la frente, y echó á correr enfadado y contento á la vez como un perro apedreado con torreznos.

III.

Viva la alegría!

El lector recordará que una parte de la Côte de los Milagros estaba cercada por las antiguas murallas de la población, cuyos torreones empezaban ya en esta época á caer hechos ruinas. Uno de estos torreones lo convirtieron los hampones en sitio de recreo. La taberna estaba en el piso de tierra y en los demás pisos habia juego, etc. Era, pues, dicha torre el punto más animado y por consiguiente el más inmundo de la Côte de los Milagros. Era una especie de colmena monstruosa que zumbaba noche y dia. De noche, cuando dormia todo el demás resto de la tunería, cuando ya no salia ningun grito de las numerosas casucas, de aquellos hormigueros de ladrones, de mujerzuelas, de niños robados y de bastardos, se reconocia siempre la alegre torre por el ruido que salia de ella y por la luz rojiza que se veia brillar por las chimeneas, por las ventanas y por las rendijas de las rajadas paredes, que se escapaba, por decirlo así, de todos los poros del edificio.

La cueva era, pues, la taberna; se descendia hasta ella por una puerta baja y por una escalera, tan áspera como un

alejandrino clásico. Encima de la puerta habia, á guisa de muestra, pintarrajeados algunos sueldos nuevos y unos cuantos pollos muertos.

Una noche, al dar el toque de Animas las campanas de Paris, si hubieran podido entrar los gendarmes de la ronda en la temible Côte de los Milagros, hubieran observado que habia en la taberna de la Torre más tumulto que ordinariamente y que se bebia y se renegaba más que otras veces.

En el exterior habia en la plaza muchos grupos que conversaban en voz baja, como cuando se trama una conspiracion, y aquí y allá algun tunante acurrucado que afilaba en las piedras una mala hoja de hierro.

Pero en la misma taberna el vino y el juego distraian de tal modo á la canalla de las ideas que aquella noche les preocupaba, que con dificultad se hubiera comprendido por las palabras de los bebedores el objeto de que trataban. Solo se les veia más alegres que de costumbre, y además relucir alguna arma entre las piernas; una podadera, una hacha, un espadon ó un antiguo arcabuz.

La sala, de forma redonda, era muy espaciosa; pero estaban las mesas tan apiñadas y eran tan numerosos los bebedores, que el contenido de la taberna, esto es, hombres, mujeres, bancos, cántaros de cerveza, bebedores, durmientes, jugadores, sanos y lisiados, estaba todo esto tan hacinado y con tanto orden y armonía, como un monton de conchas de ostras. Habia sobre las mesas algunas velas de sebo encendidas, pero la verdadera luminaria de la taberna era la hoguera del fogon. Estaba tan húmeda aquella cueva, que nunca dejaban que se apagase la chimenea, ni en mitad del verano; una inmensa chimenea esculpida y erizada de pesados morrillos de hierro y de chismes de cocina, en la que encendian grandes llamaradas la leña y la turba. Un enorme perro, sentado gravemente sobre la ceniza, daba vueltas en las áscuas á un asador cargado de viandas.

A pesar de la confusion que allí reinaba, despues de dar la primera ojeada se distinguian tres grupos principales, que se apiñaban alrededor de tres personajes ya conocidos de los lectores. Uno de ellos, extrañamente equipado con muchos oropelos orientales, era Matías Hungadi Spicali, duque de Egipto y de Bohemia. Él bellaco estaba sentado

sobre una mesa, con las piernas cruzadas, levantando en alto un dedo y distribuyendo en voz alta su ciencia, la magia blanca y negra, á una infinidad de caras que, con la boca abierta, le escuchaban. Otros muchos se agrupaban alrededor del valiente rey de Tunia, armado hasta los dientes. Clopin Trouillefon, con gran seriedad y en voz baja, presidia al pillaje de un colosal tonel lleno de armas, que se abrió en su presencia, y del que salian revueltos hachas, espadas, capacetes, cotas de malla, puntas de lanzas y de artesanas, flechas y ballestas, como manzanas y uvas del cuerno de la abundancia.

Cada cual tomaba lo que queria del monton: quién un capacete, quién un estoque, quién un puñal, quién una espada; hasta los muchachos se armaban, y tambien los miserables lisiados, que andaban á rastras cubiertos de corazas y de espaldares, pasando por entre las piernas de los bebedores como enormes escarabajos. El tercer auditorio, que era el más jovial, el más alborotador y el más numeroso, llenaba los bancos y las mesas, en medio de los que peroraba y juraba un individuo con voz de flauta, que salia de una armadura completa, desde el casco hasta las espuelas. Él que de tal modo se habia armado ocultaba de tal manera su persona, que solo se veia de ella la nariz rubicunda, insolente y remangada, un rizo de cabello rubio, la boca rosada y un par de ojos atrevidos. Llena tenia la cintura de dagas y de puñales; al lado derecho se le veia gigantesca espada y al lado izquierdo una ballesta mugrienta; delante de él un jarro de vino y una robusta moza despechugada. Todas las bocas de los que estaban á su alrededor reian, renegaban y bebían.

Añádanse á estos tres grupos otros veinte secundarios, las mozas y los criados de servicio corriendo de una parte á otra con los cántaros en la cabeza, los jugadores inclinados sobre las bolas, sobre el tres en raya, los dados y el chaquete; las disputas en un rincon, los besos en el otro, y se formará una idea aproximada del conjunto que presentaba la taberna.

En cuanto al ruido, era el interior de una gran campana tocando á vuelo. La grasería, donde rechinaba una lluvia de grasa, llenaba con su continuo chisporroteo los intervalos de los mil diálogos que se cruzaban de un extremo de la sala al otro.

Entre aquella baraunda, en el fondo de la taberna y sentado en el banco interior de la chimenea, habia un filósofo que meditaba, con los piés sobre la ceniza y los ojos clavados en los tizones: era Pedro Gringoire.

—Acabemos! ármese todo el mundo, que dentro de una hora nos pondremos en marcha, decia Clopin Trouillefon á los hampones.

Dos jugadores de naipes disputaban en otro lado:

—Sota! gritaba el más encendido de los dos, enseñando el puño al otro. Si hablas una palabra más, te hago sota de bastos.

—Uf! exclamaba un normando, cuyo acento nasal le denunciaba; estamos unos sobre otros como sardinas en bannasta.

—Hijos míos, decia el duque de Egipto á su auditorio hablando en falsete, las brujas de Francia acuden al sábado sin escoba, ungüentos ni montera, y solo pronuncian algunas palabras mágicas. Las de Italia tienen siempre un macho cabrío que las espera á la puerta. Todas están obligadas á salir por la chimenea.

La voz del mozalvete armado de punta en blanco dominaba el estruendo general.

—Viva la broma! gritaba. Hoy hago mi primera campaña; ya soy hampon! Vive Cristo! Dadme de beber! Me llamo Juan Frollo del Molino, soy noble, y creo que si Dios fuere gendarme se haria tambien hampon. Hermanos, vamos á acometer una brillante empresa, como que somos valientes. Sitiar una Catedral, demoler sus puertas, sacar de ella y librar de los jueces á una hermosa jóven, derribar el claustro y quemar al obispo dentro del obispado, son proezas que vamos á ejecutar en menos tiempo del que necesita un burgomaestre para comer una cucharada de sopas. Nuestra causa es justa; saquearemos á Nuestra Señora y santas Pascuas. Ahorcaremos á Quasimodo. ¿Conoceis á Quasimodo, señoritas? ¿Le habeis visto á caballo de la campana gorda en el dia de Pentecostés? Qué hermoso estaba, vive Dios!... Amigos míos; antes de sentar plaza entre vosotros ya era yo truhan de corazon, truhan de nacimiento. Fui muy rico, pero me comí la hacienda y me vine aquí. Se lo dije á mi padre y me echó su maldicion; á mi madre, que lloró como una Magdalena. Viva la broma! ¡Soy un verdadero presidiario! Taberna querida, dame más vino, que aun tengo para pagar;